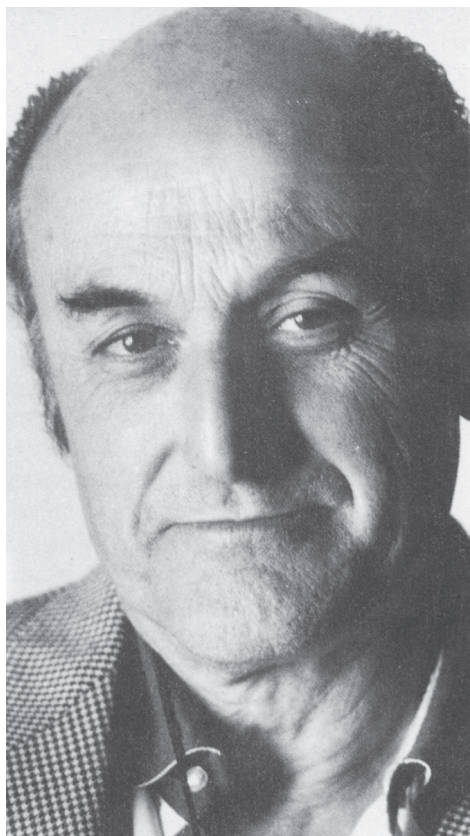


## Dr. Rodolfo M. Casamiquela, 1932-2008



En el día 6 de diciembre del año 2008, se percibió en cada museo argentino, un grito de desazón particularmente fuerte, agudo y al mismo tiempo inaudible. Porque ese grito fue expresión de sorpresa e incredulidad, grito proferido contra lo injusto, lo inesperado y lo irreductible, pues partió nada menos que por el fallecimiento de un caro amigo de todos los que, ya desde los tempranos años de la década del '60, considerábamos al Dr. Casamiquela como uno de los más claros referentes de las ideas evolucionistas que empezábamos a digerir, gracias a la transmisión inagotable de conocimiento científico que Rodolfo

nos daba y nosotros -verdes criaturas que pretendíamos saberlo todo- a veces aceptábamos, a veces rechazábamos y siempre poníamos en tela de juicio, sobre todo, aquellos conceptos que, llegados de la mano de nuestro gran amigo, eran sometidos a esa especie de inquisición "blanca" que tenía como último fin el de lograr una buena formación, libre de anatemas y prejuicios. Esto es, una formación realmente científica. Y éramos nosotros, nosotros mismos quienes nos dábamos esa tarea, aunque no nos separase más que el grosor de una aguja del peligro de la iniquidad y la equivocación. Pues sí, nos sentíamos autodidactas. Lo sentíamos porque lo éramos. Y luchábamos contra ello, pero ¿con que armas? La que nos daba la voz escrita, la que vibraba en los libros eruditos y progresistas, que eran los mismos libros que nos regateaban los que más deberían habernos ayudado, porque ha de saberse que en 1960 los alumnos de antropología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo teníamos profesores, pero carecíamos de maestros, pues en verdad, muy pocos de los primeros podían arrogarse el rango de los segundos. Y uno de esos pocos fue el inolvidable don Rodolfo Magín Casamiquela, luchador sin el cual, pocas batallas podríamos haber ganado.

Rodolfo: sabemos lo que te pasó: estabas ya muy cansado y resolviste dejarnos solos para ver desde otro punto de referencia, cómo lucha la razón contra el dogma ortodoxo que siempre, siempre, nos tratan de infundir y a los que nunca, nunca, dejaremos de rechazar.

Héctor M. Pucciarelli